

LOS DOS CORAZONES DEL PARAGUAY⁽¹⁾

AGRADEZCO con sincera emoción vuestra generosa asistencia, por más que sepa que no os congreso yo, sino el tema americano de esta tarde de abril, puesto que es esta evidente circunstancia la que más me complace. Agradezco especialmente la presencia del señor Cónsul general del Paraguay, a quien suponía en Barcelona, el cual tanto me honra con su compañía. Agradezco a la Presidencia y dirección del Ateneo la ocasión que me ha dado de levantar mi casi inútil voz a favor de América en esta vieja casa, llena de resonancias españolas, unas veces leales, como el eco, a su origen; otras veces infieles. Y agradezco, por último, a Xavier de Echarri, mi amigo y director, casi mi director espiritual, esa soberbia especie de algarabía de generosidades con que me ha presentado. Su fina y admirable inteligencia, y también su poesía, le permiten mentir, en bien de los amigos, sin que se note, como habréis podido comprobar.

De esas cien generosidades quiero aceptar una. No tengo fuer-

(1) Texto de la conferencia pronunciada por Román Escotado en el Ateneo de Madrid el día 9 de abril de 1947.

zas para renunciarla. Aquella por virtud de la cual nuestro querido Echarri me ha llamado «americano-español». Acepto el estupendo calificativo como una condecoración honrosa, emocionante, como una milagrosa condecoración—en realidad, la frase de Echarri es un descubrimiento—, y la prendo, feliz, al lado izquierdo de mi pecho. En el fondo sospecho que no lo hago por mí. Lo hago recordando—imaginando su alegría si a él le condecorasen de tal suerte—a un leve personaje, humildísimo, protagonista de una novela corta, de un cuento pueril, que escribí de joven.

Era tan chiquitín si se le medía el cuerpo, tan silencioso y tímido, que todo el mundo le llamaba Don Paquito en lugar de llamarle Don Francisco. Vivía con sus padres en Oviedo, en la trastienda, con paredes de frascos de cristal de colores guardadores de cosas misteriosas que un día fueron selvas, de una vieja farmacia, en la que humildemente se ganaba su pan de boticario. Por los días, de inocencia perdida, de 1865 y 1870, era ya un hombre maduro, y hasta se iba a casar con una triste prima suya, también fea, también hija de un honesto farmacéutico. Fué entonces cuando el milagro se produjo. Uno de esos milagros que en los tiempos modernos tan sólo América nos manda, como un eco de los milagros que nosotros llevamos en otros días allá. El hecho es que un tío suyo se murió en La Habana y le dejó su herencia. Imaginad kilómetros, como desde aquí a Burgos, de cafetales y tabaco...

Don Paquito se tuvo que embarcar, suspendiendo la boda. Llegó a La Habana en el 75. En el 76 se casaba con una cubanita como un caramelo, la hija más joven de su administrador. No tuvieron hijos; pero Don Paquito fué feliz como nadie. Ni pensaba siquiera en los dos viejos, padre y madre, que se quedaron en Oviedo, ya sin botica, ya rentistas, llorando. Cuando los dos, el uno tras del otro, casi juntos, murieron, Don Paquito, tan lejos, tenía que hacer un gran esfuerzo para darse cuenta de que nunca volvería a verlos. Tenía que hacer un gran esfuerzo para recordarlos.

En el 95, porque nunca dura la felicidad todo lo que el hombre necesita, la cubanita, parecía mentira, enfermó y murió. Durante tres años incesantes, Don Paquito, fielmente, se pasó las tardes en

el camposanto de La Habana llorando a su muerta. Y fué la tierra aquella donde ella reposaba, contemplada mil veces amorosamente, la que le trajo la memoria, el corazón, a la otra, la que envolvía en Oviedo los cuerpos de sus padres. La nostalgia, ya clásica entre los españoles que se van a América, con todos sus dulces quebrantos. En 1898, cuando, por añadidura, pasó todo aquello que ustedes recuerdan, nuestro hombre no pudo resistir a la llamada. Vendió todo lo que tenía en Cuba, hizo grandes maletas, llenas de recuerdos de su media vida de La Habana, y volvió. Tendría entonces ya cerca de sesenta años.

Es difícil contar de prisa la entrañable y dolorosa historia de esa vuelta de nuestro hombre a su España. Es difícil, y además no importa al tema de hoy, en el que únicamente el recuerdo que Echarri ha provocado ha podido, inesperadamente, hacer un hueco a Don Paquito. Baste decir que durante diez años aquel «español-americano», o aquel «americano-español», fué enterándose en su propia tierra, tan querida, de que no podía vivir sólo de aquel amor. Asomado al balcón de su casa de Salinas, frente al mar, cuando se terminaban cada noche las cortaces tertulias del párroco, el alcalde, el médico, el maestro, con el «indiano», y se quedaba solo, le invadía el corazón, ya antiguo, un ansia de América tan grande, que no a él, que ya he dicho que era un hombre pequeñito, sino a un gigante, le hubiera matado. Para no ahogarse en ella tuvo que retornar. Necesitaba ver de nuevo La Habana. Respirarla. Sentirla. Ir otra vez todas las tardes, por los caminos conocidos, vividos, al camposanto para pasar las horas muertas al lado de su esposa. Necesitaba, sobre todo, morir allí y que le enterrasen junto a ella.

Se embarcó en Cádiz una tarde de agosto, casi en el dintel del dulce septiembre. Al anochecer. Cuesta poco trabajo imaginarlo: cubierta del *Stella*—ya los barcos de España navegan poco—, llena de despedidas. Alegrías y lágrimas de ópera italiana. Pasaje a Panamá, Perú, Chile, Argentina, el Uruguay y Río de Janeiro: toda la vuelta entera al Continente Sur. El barco hace su primera escala en las Antillas. Tres días para en Cuba. Ya no estarán allí las antiguas banderas sobre el Morro, ni los seis cañonazos al «correo ma-

rítmico, ni la banda de música de viento con la marcha española y la habanera aquella... Don Paquito soñaba, acodado en la popa : primero, su mujer : aquella luminosa risa húmeda, aquellos ojos hondos, aquella piel tostada ; y después, el lánguido hablar de la gente de Cuba ; la terraza con toldos del «Círculo Español» ; los olorosos campos de tabaco y café y la verde caña de azúcar ; la sonora bahía ; el paseo, de noche, bajo estrellas diferentes ; la oficina que tuvo, cuando llegó, en la calle de Colón, delante de una estatua ; aquellos azulados stardecerec, veloces como un grito ; la luna de la iala entrando silenciosa y tumbándose a los pies de su cama... Mientras soñaba así zarpaba el barco.

Y nada más partir, al mirar alejarse las costas españolas, que nunca volvería a contemplar, comprendió Don Paquito todo cuanto necesitaba comprender. Comprendió que no sería feliz ni en América ni en España, sencillamente porque a España y América pertenecía por igual su pobre corazón, porque a unas u otras tierras, mientras viviese, y acaso después, se le iría siempre el alma enamorada. Nunca estaría tranquilo en un sitio u otro, prendido a la nostalgia del sitio en que no estaba. La angustia le venció al pobre viejo en la cubierta del *Stella*, mirando hacia Cádiz, mirando hacia Cuba.

Enfermó de tristeza, y de nada sirvieron los cuidados del médico del barco, porque la melancolía no la curan los hombres. Murió Don Paquito en el viaje, en medio del mar. Una clara mañana de septiembre, a mitad, más o menos, del camino entre España y América, arrojaron su cuerpo al Océano Atlántico. El mar se abrió un instante, en ese solo punto, para que él pasara, y luego se cerró, poderoso e inmenso, llevándole hasta el fondo dulcemente.

Allí seguirá aún, reposando en la profunda arena ondulante y antigua, entre las dos orillas de sus tierras queridas, fiel a sus dos amores de siempre. El lento y soberano juego eterno del mar no le tendrá clavado en un hueco preciso, en una tumba clásica, sino que moverá dentro del agua su cuerpo pequeñito de manera que pueda volver sus pobres ojos, su pobre corazón, unas veces a Oriente y otras a Occidente, unas veces a España y otras veces a Amé-

rica... Acaso la presión tremenda de las aguas le ha tornado ya polvo, fina arena, incesante, fielmente repartida, que ahora busca reposo en unas playas y las otras...

* * *

Ha ocupado indebidamente unos minutos de vuestra generosa amabilidad esta ingenua memoria de aquel Don Paquito porque Xavier de Echarri me le ha recordado al condecorarme llamándome «americano-español». Ahora, cuando otros recuerdos vienen a mí tras él, tras Don Paquito—recuerdos de miles de «españoles-americanos», cuya historia podría ser la misma, ya que es igual el ansia—, ataré la emoción, disciplinando las angustias propias para poder hablar, diríamos sin llanto, sobre la carne viva todavía, el dulce fuego aún encendido, la fragancia fresca, de mi largo viaje por las tierras suramericanas. Las nostalgias de la charla de hoy son las más entrañables, y son, por ello, las primeras que ofrezco. Vamos, pues, con el tema: «Los dos corazones del Paraguay», que os ha traído, temerariamente, a oírme.

Es difícil comprender la razón por virtud de la cual, cuando éramos chiquillos y comenzábamos a estudiar Historia española—«Nociones de Historia de España» las llamaban sus ingenuos «eruditos»—en unos manuales pequeños, casi temblorosos, florecidos de láminas por las que el patriotismo goteaba, a veces con variable irresponsabilidad—manuales para manos de niño, ya perdidas—, el antiguo, brioso, sonoro, apasionado y en ocasiones inocente transcurso de los días de nuestra Patria, que allí se relataba, acababa siempre, hacía punto final, un siglo antes de que lo leyéramos: en el pálido albor del XIX, una clara y dramática mañana del mundo, iluminada, valga el fácil símil, por el sol fabuloso que viene a ser el Dos de Mayo de Madrid.

Desde ese punto del camino, acaso cumbre, acaso encrucijada, pero nunca meta, se acababa el viaje. Se acababa la Historia. La vieja diligencia se quedaba parada. La mudaban el tiro, cambiaban los caballos—iban allí el del Cid, y Rocinante, y el del Emperador,

y la yegua blanca de la Reina Católica, o al menos eso es lo que veían los confiados ojos de nuestra infancia entusiasmada—, cambiaban los caballos los mozos de cuadra. Mejor sería decir: quitaban los caballos, pues no ponían otros. Apenas ver con la imaginación, en el patio de la casa de postas, el ancho armatoste, casa andariega de madera, hierros, cristales, nostalgias y esperanzas, en el que viajábamos de niños por los caminos de la Historia. Apenas ver aquella catedral alzada sobre sus cuatro ruedas caminantes, mucho más inclinada que la torre de Pisa, inclinada hacia el frente, como si hiciera su saludo, como si rindiera su pleitoefía a la nada, al polvo, a los guijarros y al estiércol del patio; con las varas del tiro clavadas en el suelo, envejecida y triste, llena de telarañas; las gallinas astrosas subidas al pescante, picoteando la polvorienta paja del asiento; un perro sucio dormido a la sombra de su vientre, y millones de hormigas comiéndola por dentro muy despacio, sin cesar, con la insaciable mordedura, el invencible y despiadado método hormiguero del ahorro, la previsión, la prudencia, el buen sentido práctico y, por lo tanto, la desesperanza.

Puede ser que el honesto, pero triste, deseo de conseguir que ignoráramos durante el mayor tiempo posible un centenar de años de nuestra zarandeada existencia nacional, tuviera algún sentido. Acaso se quería correr una cortina de ensueños y promesas, una cortina de esperanzas, sobre tanto tiempo desolado. Algo así como si nos encerráramos en casa, silenciosos y solos, durante el invierno; como si únicamente gustáramos de vivir, andar, cantar, amar en primavera, a la manera que parece suelen hacer otros seres de la Creación, menos orgullosos que nosotros. Hemos de pensar, sin embargo, que por mucha que fuera la ternura conmovedora que pudiera esconderse detrás de aquel deseo, la pretensión era, además de inútil, del todo equivocada. Dando, sencillamente, con el secreto de las causas, podían explicarse con dignidad y hasta con alegría muchos acontecimientos. En todo caso, la cortina cerada no servía de mucho, puesto que no ocultaba las sospechas, los temores y las desilusiones del espectador. Y, por añadidura, daba a la vida nacional, fatalmente, calidad de entreacto.

Sea cual sea la razón, o la sinrazón, de ello, la infancia española de entonces perdió los caballos de la alegre diligencia que la llevaba al largo de los cien últimos años de nuestra Historia. Los niños de 1900, de 1910, de 1920, a quienes se dejó sin glorias que aprender desde aquel albor del 1808, a quienes se obligó a creer que el último capítulo heroico de nuestra Historia era el Dos de Mayo, supimos luego, con sorpresa, con asombro excesivo y con desilusión exagerada, las verdades, dulces y amargas, de todos los capítulos siguientes. Lo único que no pudimos hacer aquellos niños, que hoy somos estos hombres, fué seguir viajando la Historia nacional en la hermosa diligencia aquélla, tan desdichadamente licenciada, al galope de aquellos caballos. Se fueron aquellos alazanes, acaso por las nubes, a pastar estrellas, y no volvieron nunca. No eran los mismos, ni mucho menos, aquellos simpáticos y alegres caballitos de verbena, castizo tiro de berlina, que, poéticamente hablando, llevaron a América, por encima del agua, a la Infanta Isabel.

Sin aquel inesperado, prematuro y falso acabamiento de nuestras infantiles *Nociones de Historia de España*, sin aquel corte absurdo, aquel punto final, hubiéramos sabido desde niños numerosas verdades. Por citar, entre todas, una fundamental, citemos la de América. Hubiéramos sabido su verdad: la naturalidad, la consecuencia lógica, la armonía del fenómeno de la independencia de los pueblos hispánicos. Obligados a explicar el lógico suceso, los historiadores le habrían privado, con la explicación, de toda su ciega virulencia, a la manera como el buen médico comienza seriamente a sanar al enfermo en cuanto, con toda sencillez, le diagnostica el mal. Tanto más cuanto que el presunto mal de América de nuestros abuelos, hereditario ya en nuestros padres, no era mal ninguno. A nadie se le ocurre que sea enfermedad parir hijos hermosos tras el período normal de gestación. La enfermedad sería no parirlos: andar toda la vida «embarazadamente». Lo que sucede es que al acto más vital, más sano y más alegre de la vida, se le llama «parto». Y partir, fatalmente, es igual que romper e igual que alejarse.

Aquel hurto pueril, aquel silencio sobre el español tiempo pos-

trero, fué, desde luego, una torpeza. En lo interior nos privaba de conocer los días, tan aleccionadores, de un siglo dado con exceso al tiroteo, de fusilería o de oratoria; un siglo de francotiradores singulares que casi siempre daban en el blanco—y el blanco era España—. En lo exterior nos robaba desde la infancia una noble contemplación, casi poética; nos privaba de conocer, de comprender hasta después de mucho tiempo, y nunca ya con ojos infantiles, un entrañable cuadro hogareño: el feliz paisaje familiar de Hispanoamérica, uniforme y variada, semejante y distinta, reunida en semicírculo, tras las oraciones y la cena, alrededor de la sagrada chimenea común. No estuvimos nunca, cuando éramos niños, ante esa chimenea. Si hubiéramos estado, amigos míos, habríamos hecho lo mismo que ellos. Sabías, nobles, heroicas, casi santas, esas veladas familiares de la América que España fundó, en las que, por supuesto, también se sintieron, se sentían entonces y se sienten, los orgullos y las melancolías de aquellos formidables alazanes del Cid y Don Quijote, cuya andadura no ha igualado nadie.

Dentro de la estampa familiar hispanoamericana, en lo más hon-do, allá en el centro misterioso de la querida Suramérica, tan lejos del Atlántico como del Pacífico, guardado por montañas y praderas que no van y vienen, como las olas, sino que permanecen inmutables, iguales a como las vieron los Martínez de Irala y Cabeza de Vaca—aquel jinete sobrehumano que desde el Río de la Plata galopó selvas, arenales, ciénagas y rocas hasta California, donde hoy están Los Angeles—, dentro de la estampa familiar hispanoamericana habríamos visto, con alegres ojos de niño que nunca volveremos a poseer, habríamos visto—si no fuera por el silencio inútil de los pueriles manuales aquellos—el inesperado y único paisaje del Paraguay, tierra, hombres y días de excepción en esa singular melodía de juventud y gracia del nuevo Continente. Del Paraguay querido, para nosotros ya inolvidable, que en verdad se encuentra a menos de dos dedos del Edén primitivo. A mucho menos de dos dedos. A la distancia, nada más, de una sílaba: Para-iso, Para-guay.

Ha tenido que ser mucho tiempo después, casi ya viejos, cuando hemos podido conocerle. Se sabe poco de él entre nosotros. Y él es,

sin embargo, sin dejar de ser la América más pura en el centro de toda la pureza, de toda la niñez americana, la España más fiel. Si los otros son la alegría nuestra, él es nuestro espejo. Su misma Independencia es singular, y no dispara un tiro. Puede decirse casi que no ha sido escrita todavía. O, por mejor decir, que se ha escrito al revés. Andando felizmente, emocionadamente, por las hermosas tierras suramericanas, un día cualquiera hicimos un soneto, muy malo, como siempre, que comenzaba así:

*Esta América clara, que hará al mundo más bueno,
con la que España alegra su viejo corazón...*

Pero en otro soneto, tan malo como aquél, mas también tan sincero, que escribimos en el Paraguay, al dejar Asunción, pedíamos al viento paraguayo—

*Aire del Paraguay, tan niño en la ribera,
tan viejo de heroísmos en el Chaco y la Historia...*—

que viniera a Madrid y abrazara la casa de nuestros viejos padres y contara una pena, una pena gozosa, a los árboles madrileños:

*¡Y dile a las acacias de Madrid que estoy triste
porque los paraguayos me dejan sin España!*

Es así exactamente como sucede. Las gentes paraguayas nos roban los paisajes más íntimos y auténticos de nuestro propio ser. Pero para entender del todo esta hermosa verdad hemos necesitado muchos años y un largo y grato viaje. Concretamente—y también felizmente—, hemos necesitado visitar en la dulce Asunción la llamada plaza del Oratorio, a la que se llega—y es mejor al anochecer que al pleno día, y mejor paseando despacito—, a la que se llega por la calle Palma.

La calle Palma, que es la ingenua calle comercial de Asunción, se parece mucho, en el nombre como en el paisaje, a una cualquie-

ra de Sevilla. Hemos contado a su tiempo, pero vale la pena de repetirlo ahora, que por la calle Palma, no hará más de medio año, una hermosa tarde de primavera suramericana, o sea de nuestro otoño, desfiló en son de paz, detrás de la noble figura de don Jerónimo Zubizarreta, actual Presidente del partido liberal paraguayo, una inmensa y alegre muchedumbre. Ochenta mil *azules* celebraban así—en una ciudad de menos de doscientos mil habitantes—el retorno a Asunción de sus viejos jefes, amnistiados por Moriñigo. Aquella multitud, en un instante determinado del desfile por la calle Palma, descubrió en un balcón a nuestro encargado de Negocios en el Paraguay, el gran Joaquín Castillo y Caballero, al que en aquellas tierras quiere todo el mundo—y sospechamos que le quieren hasta en la China—, y rompió, espontánea y unánime, en vítores y aplausos. Con toda exactitud, las ochenta mil voces liberales de Asunción gritaron satisfechas muchas veces: «¡Viva Franco, el de España!» Había y hay todavía, no sé si por desgracia o por fortuna, y si lo sé me guardo el juicio, otro Franco en el Paraguay, del que luego hablaremos, y los manifestantes tenían interés en que las cosas no quedaran turbias. «¡Viva Franco, el de España!», decían claramente aquella tarde los *azules* paraguayos. Que es, al fin, conviene repetirlo, lo que generalmente dicen también los liberales de verdad, los buenos liberales de todos los demás países de América y del mundo.

No es ésta la única lección que generosamente le enseña al viajero español la sevillana calle Palma. Las verdades presentes de los pueblos ocultan casi siempre sus raíces en las realidades pasadas—y a veces permanentes—de la Historia. La dulce calle Palma, con su comercio claro, provinciano y alegre y aquella librería en cuyo escaparate la bandera española languidece y se empolva en las clásicas portadas de los *Episodios Nacionales*, de don Benito Pérez Galdós, nace o muere, empieza o acaba, según como se mire, en la plaza de la Independencia. Sería mejor decir de los Héroes de la Independencia. Pero todo el mundo la llama plaza del Oratorio. Porque en el oratorio que se alza en su centro se junta todo lo que el Paraguay ama: su religiosidad y su patriotismo.

A los pies de la Virgen Patrona de Asunción se abre en el suelo de mármol sonrosado del oratorio una cripta redonda, no mayor que la copa de un castaño de Indias, con las paredes y el suelo revestidos de sobria piedra oscura. Es el panteón de los Héroes de la Independencia. Descaríamos, para describirle y explicar su secreto, más claras y hermosas palabras que las nuestras.

En los severos nichos de esa cripta tan sólo se cobijan tres arcones de bronce, enfrente del altar, mirando, se diría, a Nuestra Señora, y por detrás de ella, el ancho y florido Paraguay que dejan ver los árboles gigantes al otro lado de las vidrieras de colores. Los tres arcones guardan los restos del Mariscal López; de su padre, Carlos Antonio López, y del General Díaz, su lugarteniente de bravuras. Están colocados por el orden siguiente: en el centro, el más grande, el más famoso, el formidable y trágico Francisco Solano López, Mariscal-Presidente del Paraguay, sangriento caudillo de la guerra increíble de la Triple Alianza; a la derecha de Francisco, su padre, Carlos Antonio López, el que sustituyó a don Gaspar Rodríguez Francia, creador del Paraguay y llamado «el Supremo»; a la izquierda, el General Díaz. El visitante, emocionado, se los imagina muertos allá por la mitad del siglo XIX, casi va a hacer cien años. Se los imagina: Carlos Antonio, con su civil levita liberal y romántica, obeso, casi apoplético, campechano, sencillo y sonriente hasta en el ataúd, ante el que desfilara el pueblo paraguayo; el General Díaz, con su uniforme de Caballería, el más bello uniforme, el más vistoso de toda la América, de comandante de los «Colas Negras»: la chaquetilla roja, los pantalones blancos, las altas botas de charol, el casco de cuero recubierto de bronce, de cuya cimera pendía un penacho negro de plumas de ururú, que cuando el General estaba vivo y montaba a caballo le caía por la espalda y golpeaba la silla; las manos sobre la empuñadura del sable siempre victorioso, y en el pecho, mitad indio y mitad español, las cruces de los días y las noches de cinco largos años de heroísmo fantástico; y el Mariscal López, el caudillo fiero del bravo Paraguay, el iluso y terrible Bismarck de la que fué llamada Prusia de Suramérica, con su casaca blanca y oro de gran gala, su pantalón rojo, su

banda azul, blanca y colorada, su fajín dorado, la mano derecha en el puño del espadín con guarda de brillantes—mano en la que debería estar aún el anillo que le regaló en París madama Lynch, su amada Elisa, rubia y fuerte, nacida en Irlanda, diciéndole que había pertenecido a Napoleón, pero que jamás fué de Bonaparte, aunque él nunca lo supo—; cerrados los ojos de alcotán, que acaso lucieron cuando miraban una extraña chispa de demencia heroica, y bajo la guerrera y el fajín, mal cosidas y horrendas, las tremendas heridas de las lanzas de los dos soldados negros del Emperador del Brasil, que no pudieron cogerle vivo en Cerro Corá el día que terminó con él la terrible tragedia de su pueblo, al borde del agua cenagosa de un pantano en el que chapoteaban con el vientre verde al sol los cocodrilos. Un pantano donde aún por la noche se ensucian los zapatos las estrellas del cielo del Paraguay, las más luminosas y bellas de la astronomía.

Mas no sólo descansan esos tres arcones en el panteón del Oratorio. Hay también allí dos ataúdes de madera rosada, colocados, con una emocionante especie de provisionalidad, sobre mesas de piedra en el centro de la oscura cripta y cubiertos con la clara y alegre bandera paraguaya. Duermen en ellos los cuerpos del Mariscal Estigarribia, el héroe del Chaco, y de su esposa, muertos juntos en un accidente de aviación, ayer mismo, en 1940... Y esos cinco cadáveres del panteón son todo. No hay otros héroes de la independencia paraguaya que éstos. No hay más. El noble Paraguay no ha parido todavía ni un solo soldado, ni un solo patriota, que haya necesitado batirse contra España.

Acaso convendría hacer brevemente un poco de historia. El Paraguay, casi como un milagro, continúa, diríamos, en la égloga, en su Para-iso, no obstante aquellas guerras, muchas revoluciones recientes y esta lucha civil que ahora le envuelve, a la que hemos llamado, sin desdén ninguno y con todo cariño, guerra civil de estío, de verano, porque deseamos que termine pronto, como las tormentas de agosto, y que termine bien. Pero esta égloga tiene sus paisajes. En los días iniciales de la civilización del Plata, Asunción, cuya hermosa catedral ha debido cumplir los cuatrocientos años, es

la primera ciudad del Virreinato, la raíz de la verdadera Suramérica. Los descubridores y colonizadores subieron río de la Plata arriba, Paraná arriba, hasta el hermoso río Paraguay, que da nombre a esta tierra, y allí donde se ensancha poderosamente el río y se encuentra con otro, el verde Pilcomayo, plantaron sus tiendas a la orilla del agua. Hoy llaman los paraguayos «la bahía» a aquel ensanche inmenso, en el que se miran las torres de Asunción y los muellecitos de su pequeño puerto, a los que atracan los barcos argentinos, dueños y señores del comercio fluvial del Paraguay, y algún cañonero de la escasa Marina paraguaya. La lejanía del mar trae ese nombre ambicioso, como traería un verso, a los labios de los paraguayos. También llaman «la costa» a las orillas del río. Emociona escucharles cuando dicen: «Tengo la «estancia» al Norte, a treinta leguas—pues siempre dicen leguas—de la «costa».

Los días de la aurora americana, con aguas bautismales españolas, que envolvieron en un aroma milagroso el ya cansado mundo del Renacimiento, dejan aún percibir un temblor de su brisa en Asunción: frente a la catedral, en el palacio del Arzobispado; en las casas coloniales con porches de piedra, casas levantadas casi un metro sobre el nivel de las calles, como fortalezas, como malecones; en el Mercado antiguo, en algún rincón de la Recoleta y en la vieja portada, con el escudo de los Irala en lo alto, del Hospital y Asilo de Ancianos español, en el que el doctor Roy, compatriota de cordialidad inolvidable, me regaló el gozo y el honor de poder poner las pecadoras manos, como feliz compadre de nuestra Ministra, aunque las suyas, tan hermosas, no sean pecadoras, en la colocación de la primera piedra de una nueva ala, que se estará edificando sobre un montecillo, siempre fresco de césped y de brisa, con el dinero de la beneficencia española y el que pagan las gentes satisfechas para ver las zarzuelas (*El puñao de rosas*, *Doña Francisquita*, *El rey que rabió*...) que dirigen y alientan dos leones de nuestro casticismo que todavía no han visto España: Echeveste y Torcida, dos instituciones del Continente Sur contemporáneo. En el Asilo, aquella dulce tarde conocí a mucha gente: una monja habladora, corretona, sonriente, enamorada de las emisiones para América de

nuestra Radio Nacional—con lo que me ganó de golpe el corazón, que aún se recuerda de cuando las fundamos—; tres viejecitas madrileñas, un ex guardia civil malagueño, o tal vez de Jaén, asilado igualmente, que andaba por el patio, tieso y garboso, con un junco en la mano, contando anécdotas; dos matrimonios muy ancianos, arrugaditos como garbanzos, y un escueto y alegre campesino, o por mejor decir, ex campesino, licenciado, jubilado ya del noble oficio de labrador, nacido en Galicia hace miles de años, que cuenta la friolera de ciento dos primaveras, sonríe siempre, aunque no tiene dentadura, canta bajito «airiños» de su aldea, se alegra aún de ser soltero y libre y se permite de vez en cuando cavar la tirera fresca, oscura y olorosa del jardín. Sí, todavía—la Catedral, el Arzobispado, las casas coloniales, el Mercado viejo, la Recoleta, la hermosa portada del Asilo español—, todavía se percibe en Asunción como un susurro de los días aquellos del Descubrimiento. Pero, de todos modos, el Paraguay no es eso. Es, en realidad, algo mucho más próximo a nosotros.

Se diría que Lima es el Imperio, sigue siendo el Imperio. Méjico, que no conozco aún, tal vez es el Imperio y la Revolución. Buenos Aires es Europa—como Montevideo o Santiago de Chile—, Europa rejuvenecida, renovada. El Brasil no se sabe lo que es, salvo que sea el cosmos. Pero un cosmos todavía informe, con los oscuros, turbios espejos antagónicos de Portoalegre, que es casi pampero, es decir, argentino, es decir, español, y de Bahía, que es del todo africana; de Manaos, ciudad de cocodrilos, y San Pablo, metrópoli de industrias, que levanta en los barrios comerciales los más altos rascacielos —«arañacielos», dicen los brasileños— de toda la América del Sur; de Río de Janeiro, y Belem de Pará. A los finos jardines de Petrópolis, cuyas suntuosas frondas envuelven los palacios color de rosa con persianas blancas de la nobleza del Imperio, como al planeta del Bosque de Tijuca, que es el Buen Retiro de Río, bajan todavía de vez en cuando las panteras. En la moderna, neoyorquina, avenida de Río Branco, o exactamente junto a ella, en una amplia vía lateral, entre el concurrido y oloroso «Palacio del Café», el Jockey Club, el Palace, la Opera, el Museo de Bellas

Artes y el «arañacielos» de la Asociación de la Prensa, está abierta a diario, en el imponente edificio del Ministerio de Educación y Salud Pública, que haría gritar de gozo a Lecorvusier, la «Exposición del Indio», con los arcos, las flechas, los collares de huesos y madera, los horrendos arreos de fiesta o de batalla de los jefes «tupís». Uno ve los tambores primitivos y piensa en los «chavantes» atacando viajeros, colgando cabelleras a la puerta de sus chozas de palma levantadas en los claros del bosque, a las orillas del inmenso Xingú. Las cuevas de Altamira del Brasil están aún detrás de la civilizada arena de Copacabana, codo con codo con los cinematógrafos sonoros, los aeródromos, las peluquerías, donde el cabello se «alisa» en lugar de ondularse; las potentes emisoras de radio... Como única excepción en el variable y misterioso espejo del paisaje de los pueblos de América del Sur, yo veo al Paraguay. Hoy mismo, en nuestros días, ahora, en este instante—serán allí las tres de la tarde—, el Paraguay es esta cosa emocionante y entrañable: la España de ayer, la España del comienzo del siglo. Tal vez la misma España del 98. Acaso no es nada bueno para los paraguayos que así sea; pero es. Patriotismo santísimo, orgullo de raza, espiritualidad—y por ello, pobreza de dineros—, nostalgia de otros días, dolor de una derrota—que no fué derrota—, guerras civiles... Decid si no es lo mismo. Y decid si el español que lo comprueba, que lo ve, puede dejar de amar al Paraguay lo mismo que a su España. *

Pisando los talones a los conquistadores llegaron al Paraguay los jesuitas y los franciscanos de España. Esa es la época del Estado paraguayo «comunista», de que habla Barrett con algún error, porque ni aquello era comunismo, sino cristiana formación del indio, cristiana creación de pueblos y colonias en la selva salvaje, ni el Estado paraguayo existía entonces, en un tiempo en que aquella tierra virgen, sin fronteras, era sólo un territorio más del Virreinato del Río de la Plata. El Paraguay de las «Misiones»—un dulce e ideal Paraguay sin impuestos, en el que todo el mundo trabajaba en la creación común y recibía por ello lo necesario para vivir sencillamente, y donde no existían las presiones y las luchas de la competencia—y el de los franciscanos, tan fundamentales acaso para

la formación del Paraguay como los jesuitas—nosotros hemos visto, con asombro, en Yguarón, una inmensa iglesia construída con gigantescos troncos de árboles, un emocionante Escorial de madera, de una belleza portentosa, edificado por los indios nativos bajo la dirección de los franciscanos—, y el de los gobernadores españoles, dura trescientos años. Llegan así los días paraguayos, tranquilos y felices, a la coyuntura de la Independencia. La historia de esa Independencia, ya lo hemos señalado, el noble Paraguay la escribió al revés. Considerado el Paraguay como una provincia, como un territorio del Virreinato del Plata, la Junta revolucionaria de Buenos Aires envió aquellos días a Asunción un representante—el paraguayo Espínola—para que se adhiriera al Acta de Independencia. Y los paraguayos no se adhirieron. Se negaron firme y orgullosamente. El mismo gobernador, Velasco, coronel español, fué más débil, padeció más dudas que el Cabildo de Asunción y que los capitanes de las tropas indígenas. El Paraguay rompió con el Buenos Aires sublevado. Y cuando Belgrano se puso al frente de un ejército argentino para someter la rebeldía paraguaya—que era lo contrario de la rebeldía—, el Paraguay levantó tropas contra la Argentina independiente. Esas tropas lucharon, libraron tres batallas singulares—en el paso del río Paraná, en Paraguairí y en Tacuarí—, tres combates extraordinarios, únicos, entre las cien batallas inevitables de la Independencia hispanoamericana: tres batallas contra la Independencia y por España. Rechazaron a los independientes que venían a someterles y no se sometieron. Nunca se sometieron. Aún están allí sin someterse. Todavía están allí, duros, serenos, fieles, indomables, soberbios; llamando «costas» a las orillas de sus ríos y «bahías» a sus ensanches; el país más pequeño de toda Suramérica, y, hoy por hoy, el más pobre; tremendamente solos, solitarios. Es decir, solos, no, porque con ellos—nuestro mejor espejo—estuvo fatalmente, tiene que estar y estará siempre, esta vieja España.

Es inútil pensar si el Paraguay, de ser otra su situación geográfica, hubiera seguido otros destinos. Su aislamiento, en el centro de la ancha, interminable tierra americana; su incomunicación

absoluta, total, con la España de entonces —que nunca contestaba las cartas de allá—, hizo lo que los paraguayos no querían hacer. Gaspar Rodríguez Francia echa sobre sus hombros la responsabilidad de gobernar tras la ruptura con la Confederación del Plata. «El Supremo» le llama la Historia. Cierra el país a los vecinos, aísla férreamente a su pueblo. Quiere crear, fundar, sembrar para siempre la idea de «nación» en los paraguayos. Durante treinta años ésta es su batalla. A fin de hacer, precisamente, lo contrario de lo que hacen por entonces los demás Gobiernos del sur de Hispanoamérica, para «personalizar», «caracterizar» a su país, gobierna a la manera de los antiguos reyes absolutos españoles de los primeros días del Imperio. Esto, y también un tanto la fría severidad de su carácter y su dura energía, que recuerdan bastante a Felipe II, presta a Rodríguez Francia un perfil extraño, inhumano y cruel, en un siglo, como el XIX, que canta a voz en grito y sin mucha armonía tonadas diferentes. Pero él se mantiene contra todos, solitario también, y afirma en esos años de su mando la existencia, la realidad indestructible, la nacionalidad del país paraguayo. Cuando muere —y sólo entonces cede el mando—, el Paraguay es ya una nación indiscutible. Si no hubiera vivido, acaso no existiera la patria paraguaya.

Importa señalar que esa nación, fundada por Rodríguez Francia, es solamente india y española en el 1844, época de su muerte. Ni una sombra siquiera de influencia exterior ha venido allí dentro, a miles de kilómetros del mundo del romanticismo, en las dulces praderas y los inmensos bosques interiores de América, a mezclarse con las viejas esencias. Cuando tras él gobierna Carlos Antonio López largos años, a pesar de sus gustos, de sus libros venidos de París, de su liberalismo relativo, no consigue cambiar el alma paraguaya. Allí hay, ya para siempre, un pueblo formidable, mixto de «guaraní» y de español —nuestros conquistadores no lucharon nunca con el indio nativo paraguayo; se aliaron con él contra otras tribus—; un pueblo singular, poseedor de la personalidad más destacada de todo el sur de América; pueblo que pide plaza, y la conquista, en la mejor Historia. El pueblo que anun-

cía ya las gloriosas, sangrientas, increíbles y trágicas auroras al galope del Mariscal López. Del Mariscal López, que llevaba en el pecho, en uno sólo, los dos corazones paraguayos. Los dos corazones paraguayos sangrando.

Hay una casa en Asunción, en la esquina de las calles de Estados Unidos y Coronel Bogado, a la que deberían ustedes venir conmigo de tertulia esta misma noche. De tertulia al jardín, bajo los árboles. Ahora ha empezado allí el otoño, y los pájaros todavía traseochan. No es, naturalmente, que vayan al cine, ni a los bailes del Casino o al Centenario, ni siquiera a mirar, a la luz de la luna, por detrás de los cristales de las viejas ventanas —cosa que yo haría si pudiese—, las dos salas románticas del Museo Godoy, desordenadamente abarrotadas de cuadros hermosos e ingenuos; pero juegan en torno de la catedral, saltan en los tejados y los balcones, cruzan las esquinas, cantan por todos lados en la ciudad florida, llena de ramas, y los viejos vuelan plácidamente por la orilla del río, arriba y abajo —lo mismo que paseaban antes las buenas gentes en nuestras «calamedas» de provincia—, por encima del agua que viene de Bolivia y el Brasil, del agua que va camino del Uruguay y la Argentina. Con esta dulce vacación del sueño que se imponen los pájaros, el aire libre del anochecer, en Asunción, no puede explicarse con palabras. Baste decir que, en cuanto cae el sol, como al amanecer, las gentes, para poder oírse sobre la inexpressable algarabía del canto de los pájaros, tienen que hablar a gritos por las calles.

Si fuéramos ahora a esa casa de Asunción, el dueño de ella, que es un señor cuyos blasones parecen a primera vista andaluces o extremeños —un viejo español de por allá, Viriato Díaz Pérez, cuya estupenda historia contaré otro día, le llama «el Marquesito»—, nos conduciría de primera intención a su despacho. Es una habitación grande, alta de techo, con los muebles oscuros y sobrios, libros, retratos y una grata sensación de calma. No recuerda, ciertamente, por su placidez, los cuartos de banderas de los cuarteles, pero guardaría para ustedes una sorpresa emocionante. El dueño de la casa nos pasaría a ese despacho para enseñarnos —él, que es, a la vez,

descendiente de Rodríguez Francia, el Dictador, y liberal— dos banderitas izadas en dos pequeños mástiles : la española y la roja y negra de los falangistas de España. Cuando me las mostró a mí, con su clara sonrisa, que le cierra los ojos de estanciero acostumbrado al sol, pensé, aunque no se lo dije, porque ahora la política es un asunto delicado en todas partes, que me estaba queriendo hacer entender el buen liberalismo del Paraguay excluido del Gobierno Y Dios me libre de ser mal pensado.

Después de ser feliz mirando las banderas, a la sombra de la del Paraguay, que luce el encarnado, el blanco y el azul más bonitos del mundo, iríamos al jardín y nos sentaríamos allí, en un buen corro grande, bajo las estrellas. Acaso fuera una desgracia para ustedes hacerlo, porque, aunque vivieran después noventa años, se acordarían siempre, y dudo que les dejara ser felices la nostalgia. Aquella casa es inolvidable. Acude a ella todo el mundo, y todo el mundo pregunta con el mismo cariño cosas de España. Es la casa de Eduardo Peña y Concepción Ugarte —ambos con apellidos alemanes, como el propio Peña hace notar—, paraguayos los dos, y de sus hijos, y sus hijas, y sus nietos, que son muchos, como debe ser. Si a Eduardo le llama Viriato Díaz Pérez, «el Marquesito», a Concepción la tituló siempre el gran don Pepe Gallostra, que fué allí Ministro nuestro tres o cuatro años y mató una docena de caballos, galopando praderas inocentes, «la Mariscal».

Haciendo la tertulia del jardín, dulce y sencillamente, comenzarían ustedes a entender aquel país y aquellos hombres, que, conforme ya he dicho, son la América más pura que queda en las Américas. La tierra paraguaya, aunque en los mapas no se vea muy claro, tiene la forma de dos corazones imperfectos —no hay ninguno perfecto en este mundo—, cercados y apretados el uno contra el otro por sus dos grandes ríos fronterizos, el verde Pilcomayo y el azul Paraná, y cosidos uno a otro por la ancha vena de agua, que yo diría melancólica, de uno de los príncipes fluviales del Sur, el Paraguay, que bautiza a aquella hermosa tierra y que también parece que la crucifica. La cruz es Asunción, donde el Pilcomayo y el Paraguay se encuentran. Pero ésa es la cruz de la geografía. Hay

otras dos cruces en el río gigante: la del encuentro, al Norte, con la noble campiña paraguaya; la de la despedida, al Sur, al separarse de ella. Es decir, Cerro Corá, arriba, junto a la Bahía Negra, y Humaitá, abajo, un poco por encima de Corrientes. Toda la aventura del Mariscal López, que es trágica epopeya paraguaya, cabe entre esos dos nombres. Pero escrita al revés, el principio al final y el final al principio, puesto que Humaitá fué el comienzo glorioso y Cerro Corá el fin, la derrota y la muerte. La gloria humana, la gloria terrestre, es siempre un milagro contra el orden y el método de la vida y el tiempo, y el río Paraguay cumple la vieja ley. Hay que medirle y entenderle conforme ha vivido: con su historia y su secreto cuesta arriba, contra la corriente. Es un río, ya se ve, que empieza donde acaba y acaba donde empieza. Esa inmensa e incesante alameda de agua que une los dos corazones paraguayos, esa banda de dioses que cruza por su pecho, parece la polea sin fin del ser del Paraguay, rodando siempre. Ya he dicho una vez que a mí me recuerda aquel emblema circular, grabado sobre la puerta de la celda de un sabio sacerdote, en la mejor novela de nuestro malogrado Samuel Ros, también nostálgico de América. Allí se leía: *El fin es el principio*. Pero como estaba escrito a la redonda, se leía también: *El principio, el fin es*. En el caso del río Paraguay habría que leer, mirando al agua, en posición de firmes: El principio y el fin son heroísmo.

Hay mucho que hablar del Paraguay entre nosotros. De la misma manera que sus tierras, este pueblo católico, patriota, duro, sufrido, fiel, hospitalario y valiente como ningún otro en toda América, tiene dos corazones en el alma: el indio y el hispánico, el «guaraní» y el nuestro. Fuera de esto, no tiene nada más. Pero es preciso que pensemos despacio en lo que representa llevar dentro, solitariamente, orgullosamente, dos corazones de tal naturaleza.

Mirad. Lo que quiso construir el Mariscal López—que llevaba en el suyo los dos corazones paraguayos sangrando—fué una gran locura. Quiso volver a edificar en Suramérica el Imperio hispánico, con la cabeza puesta, no en España, ni nadie lo pensaba, sino en la primera cabeza virreinal: en la vieja Asunción. Era un extraño

sueño imperialista, al que se añadieron mezclas insolubles: digamos que tenía el alma india, la nostalgia española, y rostro, ropa, música, prusianos; sí, prusianos, inesperadamente, inexplicablemente copiados por el joven Mariscal, cuando aún no era Presidente, en el París del Segundo Imperio. El París que en 1870, el mismo año que el Paraguay de Francisco López, cae, precisamente, aplastado por Prusia.

Este era el gran sueño, al que los acontecimientos tornaron demencia. El Mariscal López sostenía la necesidad, aquellos días, de una unidad imperial de habla española que oponer al inmenso Brasil de los emperadores portugueses, al poderoso Brasil de los Braganzas. Toda la Suramérica española, en estricto sentido geográfico, es decir, Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay y Bolivia, hubieran sido una si su grandioso y enloquecido sueño no se hubiera deshecho. La hábil diplomacia brasileña—que continúa siendo la primera de todas en América—tuvo que defenderse, y se defendió bien. Uruguay y Argentina se aliaron al Brasil en la famosa guerra de la Triple Alianza. Durante cinco años el Mariscal López y el pueblo paraguayo luchan heroicamente, increíblemente, contra las tres naciones aliadas. El Paraguay es un país pequeño, aislado, con sólo poco más de un millón de habitantes; pero resiste prodigiosamente, ataca, vence muchas batallas; parece, en ocasiones, que va a ganar la guerra. Cuando López cae y todo acaba—es el 98 paraguayo, y asombra comprobar que un escritor yanqui se extraña todavía de que en el Paraguay aún se hable de la guerra aquella, que acabó en el 70—, el mundo entero llama al Paraguay «Prusia de Suramérica». De un pueblo de 1.300.000 habitantes quedan muy pocos más de 200.000; quedan, concretamente, 86.000 niños, 106.000 mujeres y ¡28.000 hombres, incluidos los mutilados y los prisioneros de guerra! Es decir, que han caído 19 de cada 20 soldados combatientes, 95 de cada 100; que han quedado con vida 50 hombres por cada regimiento. La Historia es asombrosa; parecerá mentira, pero es del todo exacta. Hacen los vencedores la estadística, y se sobrecojen. El loco Mariscal del Paraguay, con su heroísmo, con su enarde-

cimiento, con su energía indomable, con la belleza trágica de su valor terrible, ha vuelto loco también a su pueblo.

Aquella locura, hasta nuestros días, es la mejor ejecutoria del pueblo paraguayo. Barrett dice que el Paraguay es el pueblo de las profecías. Dice que adelantó en cincuenta años la primera guerra europea. Pero, con los pies enterrados en la tragedia y en la sangre, y la cabeza, con el alma, en las nubes, el Paraguay anticipó más páginas de historia. Los aliados resultaron victoriosos, y la paz que dictaron es la paz de Versalles. Y ahí está el reverso de la medalla heroica del noble Paraguay. Como siempre que el heroísmo pierde las batallas, la tragedia irrumpe. Es el dolor, el hambre, la ruina nacional, las fracciones políticas, y luego, lo peor: el desencanto. A los ochenta años de la guerra, el Paraguay es pobre, habiendo sido rico; contempla a sus vecinos con envidia y temerosamente, y ni siquiera ha podido rehacer su población humana. No cuenta hoy con el millón trescientos mil habitantes de los días iniciales de la Triple Alianza. Es más pequeño que era en 1865. Y ni esto es lo más triste. Parece como si a Francisco López, sufriendo, castigando, guerreando, galopando y muriendo con los dos corazones paraguayos en el pecho, se le hubieran roto las ataduras dentro. Tras la sombra de López—una sombra de pólvora y gemidos y sangre—y el tremendo desastre que proyecta, nunca más han caminado juntos, salvo, tal vez, pasajera y momentáneamente, en la guerra del Chaco—que es, de todos modos, una guerra muy diferente—, los dos corazones paraguayos.

Es al contrario precisamente, para desgracia del Paraguay. Al acabar la guerra de la Triple Alianza, y cuando el enviado extraordinario del Emperador del Brasil, Paraños, creador de la rama de los Vizcondes de Río Branco, afloja un tanto el yugo de los invasores, aparecen en la vida paraguaya, agonizante y que intenta resucitar, dos partidos políticos, los cuales, ya por siempre, estarán en lucha: el partido de los *azules* y el partido de los *colorados*. Yo los he visto, casi ayer mismo, pasear sus emblemas por las calles y por los caminos del Paraguay. Aseguro que verlos es para un español un espectáculo emocionante.

Llevan los *colorados* la boina roja en la cabeza, y son los nacionalistas y tradicionalistas ultraconservadores del Paraguay, es decir, los «carlistas» paraguayos. Su rey, o, mejor dicho, su Presidente, o mejor dicho aún, su Emperador, sería el Mariscal López si viviera. Lucen los *azules* el pañuelo celeste en el cuello, y son los liberales, los universitarios, los hombres de profesiones civiles, es decir, los «isabelinos» paraguayos. Su república sería la del Derecho con mayúscula, la de la paz y buena vecindad, cuyo imperio también haría un hermoso Imperio en Hispanoamérica... Para unos ojos españoles, para un corazón español, imaginad cuál es el sentimiento contemplando a los *azules* y los *colorados*. Son, sencillamente, los «carlistas» y los «isabelinos» de las guerras civiles. Unas guerras en las que, al fin, no se batallaba por un simple problema sucesorio, por unas faldas regias o unas barbas augustas, sino por algo más profundo y mucho más difícil: por atar los días del pasado a los días del presente y el futuro. Para cuya atadura—fundamental secreto de la vida de todas las naciones—acaso lo más útil sea extirpar del pasado todo cuanto está muerto. Puesto que no es posible despojar al presente y al futuro de cuanto está vivo y vivirá. Sin mengua de sus almas añorantes, los hombres han nacido para la esperanza.

El viajero por el Paraguay, el viajero que ande por allí con amor, no como otros ciegos turistas, pensará siempre que en los *azules* y los *colorados* están vivos, y por desdicha distantes, los dos viejos corazones paraguayos que con López vivieron unidos la tragedia gloriosa, y con España, durante trescientos años, la tranquila paz. Mas esta elemental clasificación nada resuelve. Porque si deseáramos aplicar a cada uno de los dos partidos su porción legítima de los dos corazones paraguayos, el indio y el español, no podríamos hacerlo con justicia, salvo que los partiéramos, que equivaldría a matarlos. Parece, de primera intención, que el *colorado* es el corazón indio, por rural, por nacionalista, y que el *azul*, el liberal, nacido de las Universidades creadas por España, es el nuestro. La verdad es, sin embargo, que los dos corazones que he querido cantar en esta charla reposan por igual en los anhelos de los dos partidos,

colorados y *azules*, nacidos ambos de su 98, que, lo repito, es la guerra de la Triple Alianza. Son como dos duelistas enfrentados—estampa bien romántica, por cierto, y ambos partidos son partidos románticos—dispuestos a lavar con la sangre una ofensa que tal vez no ha existido originariamente. Y ese viajero enamorado de la tierra que pisa, del aire que respira, de las nobles amistades que gana, los contempla con dolor y con miedo, porque sabe, cuando los ve hatiéndose, que el que hiera se hiere, que aquel que mate al otro se matará a sí mismo.

Desde el año 70 hasta casi el presente se turnan esos dos únicos partidos paraguayos en el gobierno de su pueblo. Su turno, sin embargo, es pura y simple lucha, muchas veces armada, con revoluciones, pronunciamientos, muertes, persecuciones y destierros. Es decir, cada turno, una batalla. Desde el 70 hasta el presente. La guerra del Chaco, casi ayer, con su nuevo heroísmo y su victoria, parece que va a unirlos. No les une tampoco. Un joven militar, comandante entonces y creo que hoy coronel, Rafael Franco, vuelve de ella con ambiciones y teorías nuevas. Acaso sueña unir al Paraguay; mas se equivoca queriendo prescindir de los *azules* y los *colorados*, con error semejante, ya que sin ambos el Paraguay no existe. En un mes de febrero inventa el «febrerismo» y conquista el Poder. Los mismos militares que le habían elevado le derriban año y medio después. Tras nuevos cambios, luchas, esperanzas y odios, los liberales hacen Presidente a Estigarribia, el vencedor del Chaco. Mariscal-Presidente, como en los buenos tiempos, sin la vieja tragedia y sobre un alegre laurel de victoria. Quieren los liberales, los *azules*, sin duda, acabar con la vieja lucha partidista, que está matando al Paraguay; intentan hermanar a unos y otros; sacrifican porciones de sus «almas partidas»—como decía José Antonio de las nuestras—en busca de una noble comunidad política creadora. No otro alcance tiene, por ejemplo, que cedan en el punto, tan vidrioso y a la vez tan ingenuo, de la «supremacía del poder civil», para los liberales tan fundamental; ni que promulguen la Constitución de 1940, muy poco liberal en el sentido histórico del liberalismo. Tal vez Estigarribia hubiera podido unir al Paraguay, es de-

cir, salvarle para siempre. Pero Estigarribia muere a los pocos meses de ser elegido. Y sube entonces al Poder, encargado de presidir las nuevas elecciones por estricto mandato constitucional, el General Higinio Morínigo, Ministro de la Guerra del Gabinete del Mariscal muerto. Es entonces el año de 1940. Hoy, en 1947, las elecciones no han sido celebradas todavía, y tornamos a ver al Paraguay en lucha. Y esta vez esa lucha es ya guerra civil.

Recibir cartas es algo muy hermoso, y muchas veces pienso que si en la otra vida se recibieran cartas, casi no importaría nada morir. A mi casa, a mi mesa, a mi corazón, llegan estos días cartas del Paraguay lejano, y Dios las bendiga. Pero no me explican esas cartas nada de la guerra. Sólo sé que ahora en el dulce y querido Paraguay ha estallado la guerra civil. Nos hemos cruzado tantas veces por los caminos con la boina roja de los *colorados* y el pañuelo azul de los liberales, que nos cuesta trabajo creerlo. Eran la misma boina roja de nuestros tradicionalistas y el mismo emblema celeste de los partidarios de la reina, ya lo hemos dicho. Es decir, que eran los viejos estandartes de dos caballeros idénticos, de la misma noble familia; el uno, acaso, un poco más atrevido que el otro; como dos hermanos, el menos viejo de los cuales ha viajado algo por el mundo y se ha traído a casa una docena de libros y unas cuantas corbatas poco sobrias. Total, nada. Con eso puede hacerse una guerra, y más de una a veces, en el XIX. Pero no se hace en 1947. Porque ahora los mariscales soviéticos están esperando.

Yo recuerdo a los liberales y los conservadores, a los *azules* y los *colorados*, oyendo las tres misas de la Nochebuena bajo las estrellas y la luna—porque allí, ya sabéis, la Nochebuena llega en el verano—, en San Bernardino, cerca de Asunción, delante del lago, no hace aún cuatro meses. Los recuerdo. Los viejos *colorados* del Paraguay, que sueñan con una patria grande. Los viejos *azules*, que sueñan lo mismo. Y leo en los periódicos que los comunistas—que son una docena, o poco más, en la hermosa y noble tierra paraguaya—están detrás de las trincheras donde ahora luchan los hermanos moviendo los hilos. Y leo que con ellos, con esos comunistas, están los comunistas bolivianos, y los uruguayos, y los brasileños—una

Triple Alianza mucho peor que la otra—, y todo lo demás, en fin, que el bolchevismo esconde y saca a relucir cuando conviene en la querida América.

Entender América—y empiezo por llamarla mal llamándola América, como allá hacen también mal cuando nos llaman a nosotros Europa, pues cada pueblo, cada nación, allí como aquí, somos diferentes—es algo muy difícil. Tal vez la América de habla española sea siempre un misterio insoluble para el hombre nacido en España. En horas de mucha juventud, y claro está que sin responsabilidad alguna, quiero decir sin el menor sentido de responsabilidad, ofrecimos un poema «a la otra cara de la Luna que se ve desde América». Puede ser, sin embargo, que tan ingenua y arbitraria imagen sea más verdad de lo que parece. Allá, en el Nuevo Continente, todo es lo mismo, pero del otro lado. Lo cierto es que ahora, cuando aquí es de noche, es poco más de mediodía en el Brasil, en Argentina, en Chile, Perú o Méjico. Lo cierto es que cuando aquí es primavera es otoño en toda Suramérica. Y así es en todo. Para entender América—que es, por otra parte, nuestro propio espejo—tendríamos que salirnos de nosotros mismos para colocarnos, precisamente como en los espejos, delante de nosotros. Si alzamos delante de la luna del lavabo la mano derecha, en la luna se mira a un caballero que levanta la mano izquierda. Es así siempre. Es, al fin, lo mismo que en la vida entre padres e hijos. Uno se sale de sí mismo para tener un hijo. Pero si no se sale de sí mismo, no le tiene; se muere.

No hay materialismo como el americano; pero tampoco hay idealismo, poesía, como la suya. Poesía es niñez. Chesterton dice: «Algún bello ideal corre a través de América; mas se diría que corre en sentido oblicuo.» «Es tierra ruda y hasta grosera en aquello que Europa es delicada. Pero es delicada, en cambio, en aquello que nosotros solemos ser groseros.» Stevenson describe este secreto cuando pinta las disparatadas, bruscas, delicadezas de Jim Kintertón. Desde el Canadá a la Patagonia calienta las tierras y los hombres el fuego singular de un nuevo sentimiento. Tal vez es el mismo sentimiento antiguo, pero en pechos nuevos. Anchos ríos fa-

bulosos, montañas inmensas, selvas interminables, bahías infinitas, animales salvajes, universos de aves, y los hombres de América: injerto de santos y de aventureros, que llevan todavía las pistolas de Buffalo Bill al cinto—dos pistolas como dos mariposas—y bajo la camisa el alma solitaria de Crusoe. Lo que habría hecho Robinson con un loro, con una violeta, con un mendigo negro, lo sabemos; pero ¿qué habría hecho con un rey o con una república?... Mirad, amigos: en América la hierba, en las praderas, le llega al hombre hasta los hombros.

De la guerra civil del Paraguay, por consiguiente, sólo sabemos una cosa: que los hermanos se encuentran enfrentados en las tristes trincheras abiertas en la carne de la noble tierra común, y que la fría mirada comunista, sin duda, busca con alegría, en uno u otro campo, el punto de mira de los fusiles en litigio, de los fusiles irremediables, puesto que sabe bien que ambos apuntan al alto corazón del Paraguay. Y sabemos también que los *azules* y los *colorados* no sólo son hermanos entre sí, sino hermanos nuestros. Como hermanos los hemos conocido y los hemos amado a unos y otros—y unos y otros, unidos, acaban de fundar no hace dos meses, después de nuestro viaje, el Instituto Cultural Hispanoparaguayo, que preside el jefe del partido liberal, Zubizarreta, dato que convendría guardar en la memoria—, y como hermanos sentimos desde aquí el dolor de su lucha. Habrá ahora hasta familias, hasta matrimonios—lo sabemos muy bien—, situados frente a frente... Duele pensar en la separación de los dos corazones paraguayos.

Es muy difícil entender América. Es muy fácil amarla. Ni los *azules* ni los *colorados* querían esta guerra que destroza de nuevo al Paraguay. La temían, más bien, lo mismo los unos que los otros, y hemos sido testigos muchas veces de sus nobles esfuerzos para evitar que se produjera. Es verdad que la guerra, hace cuatro meses, estaba ya en el aire. Mas no en el aire de los liberales, ni, claro es, de los *colorados*, que gobernaban. Por eso hemos pensado, cuando se produjo, que acabaría pronto, falta de verdadera y extensa asistencia. Pero cuando suena la primera descarga y la sangre corre, toda la tierra se empapa, todos los ecos llevan el estampido hasta

los últimos confines... Sí, es muy difícil entender del todo al noble Paraguay; pero es inevitable amarle del todo. Amándole del todo, pedimos cada noche a Dios que la guerra civil del Paraguay termine pronto y que empiece pronto la justicia y la paz. Qué los dos corazones paraguayos se encuentren, se conozcan, se amen y se confundan. La tradición y la libertad —o, si lo preferís, dicho de otra manera: el amor a los padres y el amor a los hijos— no son cosas antagónicas, sino, por el contrario, etapas acordes, sucesivas y armoniosas del sagrado servicio que es vivir, pasar por la vida, con orgullo de estirpe y ambición de progenie, dejando alguna huella. Muchas veces pienso que las Constituciones de los pueblos, de todos los pueblos, no deberían constar sino de un solo artículo: «Es labor propia y única del Estado la de dar viento y alas al corazón del hombre.» Ahora bien: el corazón del hombre está lleno de ayer y de mañana.

Un corazón así, un solo corazón, libre y alegre, que lleve dentro, unidos, confundidos, el corazón indio y el corazón español, queremos para el querido Paraguay, tan próximo y, sin embargo, tan distante; tan lejano y tan cerca. Como le hemos querido y le queremos para nosotros mismos, para nuestra España, que también ha sufrido del corazón mil veces. Dios quiera que se mezclen en el alma íntegra de todos sus hombres y mujeres los dos viejos y nobles corazones del Paraguay, que he intentado, con tanta torpeza, cantar entre vosotros.

Y, para terminar con el más dulce, más amable paisaje de mis nostalgias de Asunción, permitidme que vuelva a recordar a Don Paquito. Conté su pobre y admirable historia, un día, a unos cuantos amigos paraguayos. Cuando terminé el cuento —Don Paquito, dormido, enamorado, en medio del mar, en el fondo del agua—, vi en unos bellos ojos una mirada llena de tristeza. Eran los ojos, mis queridos amigos, de una hermosa mujer. Una de esas mujeres paraguayas, es decir, del Paraíso, honestas, claras, fuertes, sanas, alegres; soberbias amazonas, excelentes madres, dulces compañeras; bravas y suaves flores de una tierra de égloga... Aquellos ojos parecían decirme: «Demasiado tarde...» Sí; si no se hubiera muerto

Don Paquito, yo escribiría ahora de otro modo su historia. Si no se hubiera muerto, le llevaría yo a la noble Asunción del Paraguay, donde las casas de los españoles continúan abiertas. Allí sería feliz. Viviría tranquilo, sin «sandades». Estando en Asunción estaría, a la vez, en América y en España.

Sí, es verdad. Demasiado tarde.

ROMÁN ESCOHOTADO.